

LAWRENCE DURRELL

O LA NOVELA FILOSOFICO-POETICA

Lic. L. Fernando Valero Iglesias.

Cuando murió T. S. Elliot, la crítica literaria inglesa señaló a Lawrence Durrell como su más directo y legítimo sucesor. Esto nos demuestra la calidad y la categoría del escritor de que vamos a tratar.

Lawrence Durrell es el exponente de esa novela en la cual las ciudades son el verdadero personaje de la obra. Pero hagamos historia.

Durrell, como gran parte de los escritores ingleses, pertenece a otra profesión e incidentalmente son novelistas, poetas o literatos. Profesores como Agnus Wilson, se entrecruzan con industriales como Henry Green o con diplomáticos como Lawrence Durrell. Las novelas inglesas siempre han tenido un tono de desenfado, una aventura, un viaje, aparte de su clásico tono moralizante. Frente al compromiso sartriano del escritor con la realidad, el escritor inglés se compromete a través de esas nimias cosas que hacen la delicia del vivir. Frente a la literatura obsesiva kafkiana o la socializante de los escritores italianos, el literato inglés se desentiende en aras de un mundo emotivo intenso, con grandes implicaciones humanísticas, a veces un tanto sensibles.

Creemos honradamente que las novelas de Durrell son un lenitivo conveniente que esponja el espíritu, su literatura no es una literatura de choque, pero sí evidentemente marca una apertura del espíritu muy significativa en este mundo utilitarista en que nos toca vivir. Es muy cierto que Durrell es diplomático de profesión y sus novelas se desarrollan en ese mundo, que es el último coletazo de la caballería andante con todas sus implicaciones. Durrell nos demuestra que vivir —además de la angustia y el compromiso con nuestro mundo circundante— es saborear un buen Jerez o sentir en la piel y en la médula espinal un atardecer junto a las tierras doradas de Alejandría, haciendo una comunión artística con la naturaleza que se extiende generosa por el Mediterráneo.

Las novelas de Durrell son la demostración clara de lo que es una novela con altura tratando temas, hoy baboseados por todos sin arte

ni condición. El amor y el buen vivir humanístico. Ante un mundo de sexo y violencia, cuyo héroe más preclaro sería el agente 007, James Bond, Durrell contrapone ese héroe anónimo, ese personaje que se confunde con la ciudad y que en cambio es la ciudad misma.

La novelística de Durrell ha sido muy criticada desde el punto de vista de ser una novelística pasada de moda y totalmente burguesa en la peor acepción de la palabra; creemos honradamente que Durrell ha demostrado que el arte de novelar no es solamente juntar jovencitos equívocos, matrimonios disolutos, agitarlos y darlos a la publicidad. Durrell sabe que esas aventuras están ahí, en la ciudad, pero necesitan un contexto, un sentido y un por qué, y es aquí donde radica la importancia de Durrell.

Su obra más significativa es la que tiene por título genérico "El Cuarteto de Alejandría", compuesto por los tomos o las novelas siguientes: "Justine", "Balthazar", "Mountolive" y "Clea" (traducidas por la Ed. Sudamericana de B. Aires). Es sin ningún lugar a dudas una de las tetralogías más importantes de la literatura contemporánea universal y es uno de los intentos más serios de arquitectura imaginativa.

La Alejandría de Durrell, es tan sintomática como el París de Proust o el Dublín de Joyce. En estas novelas, y he aquí otra característica de Durrell, uno se da cita con miles de años de cultura.

Sus novelas se mueven en la noción de "la durée" bergsoniana y como decorado total, descansan en las teorías de la relatividad eisteiniana. Estos términos no son pura dialéctica crítica, leyendo las obras de Durrell uno se da cuenta, hasta que punto, estas teorías abstractas pueden ser humanizadas y vividas.

Dentro de la pura técnica novelística Durrell es un anti-Joyce por excelencia, no usando nunca el monólogo interno.

Sinceramente a aquellos que les guste una novela con altura humanística y pura deleitación en la idea y en la palabra les recomendamos la obra de Lawrence Durrell.